

bien que á información errónea, tanto más cuanto que antes también de tratar de dicha escritura, otórgada en 1526, habla de la que hizo en 1529 con el arzobispo de Toledo D. Alonso de Fonseca para ejecutar el retablo mayor del colegio que fundó en Salamanca. Sea de ello lo que quiera, no es posible dudar que el retablo de San Benito el Real de Valladolid precedió á los bajo relieves y bustos del palacio de Carlos V en Granada, y la razón es sencilla: en 1526 marchó el emperador, recién casado, de Sevilla á Granada, y allí, enamorado sin duda de la belleza del lugar, resolvió fabricar el palacio de su nombre, empezándose las obras á fines de año, estando Carlos V en Valladolid, precisamente en la época en que Berruguete firmaba su contrato con los conventuales de San Benito el Real.

Por la misma época y probablemente antecediendo al famoso retablo, trabajó el hijo de Paredes de Nava en el mismo Valladolid, donde contrajo matrimonio con D.^a Juana Pereda, el sepulcro de Fr. Alonso de Burgos, confesor de la reina Católica, obispo de Palencia y conde de Pernía, más conocido por el apodo de *Fray Mortero*, por ser natural de Mortera, y de quien en unas coplas se decía:

Cárdenas y el cardenal
y Chacón y Fray Mortero
traen la Corte al retortero.

Esta obra fué una de las más notables con que Berruguete enriqueció á Valladolid: «Es—dice Ceán Bermúdez—una urna de mármol blanco sobre un zócalo de jaspes y encima está echada la figura del obispo; alrededor cuatro medallas que contienen las virtudes cardinales, y otras cuatro figuras de la Virgen, Santo Domingo, San Gregorio y San Pedro Mártir; sostienen la urna cuatro esfinges en los cuatro ángulos, y en una barandilla que la rodea hay graciosas labores de figuras de niños y demás adornos que solía el autor poner en estas obras, ejecutado todo con proligidad.» Ponz añadía á esta descripción que de él tomó Ceán, lo siguiente: «Todo de bellísimas y grandiosas formas, de juiciosas y verdaderas expresiones, con gracia y corrección; sobre la urna está echada la figura del obispo; representado difunto, de igual ó mayor mérito en el arte que lo demás referido.» [Lástima que se haya perdido, tal vez para siempre, una obra maestra que tales elogios mereciera, aun de los menos afectos á la escuela del autor!]

El 3 de Noviembre de 1529 otorgó Berruguete en Madrid la escritura de que hemos ya hecho mérito sobre «el modo, el cuanto y el tiempo» en que se había de ejecutar el retablo para la capilla del Colegio del Arzobispo en Salamanca, así llamado antonomásticamente por su famoso fundador D. Alonso de Fonseca, que en Salamanca y Toledo, en Santiago y Alcalá, dejó perenne memoria de su nombre y desprendimiento. Entre las varias condiciones del contrato, figuraba señaladamente la consabida cláusula de que las estatuas y pinturas del retablo habían de ser obra de la mano misma de Alonso Berruguete; 600 ducados de oro, entregados en el acto, fueron la señal y garantía de la buena fe y esplendidez con que el arzobispo pensaba condu-

cirse. Berruguete no faltó tampoco al compromiso adquirido; antes bien, esmeróse en servir á quien tan generosamente se portaba, y no solo el retablo, sino el claustro y la fachada misma del colegio, morada desde 1840 de los nobles irlandeses que á la famosa Escuela salmantina acuden, más felizmente conservado que el Real de San Benito vallisoletano, prueban la diligencia y solicitud con que el discípulo de Miguel Angel se apresuró á satisfacer á su fastuoso comitente. Los relieves de la fachada, trazada por Alonso de Covarrubias, y malamente calificada de corintia por Llaguno, tienen todo el estilo y ejecución de Berruguete, con especialidad el valiente medallón del centro, que representa al titular Santiago Apóstol derribando musulmanes. Este estilo y sabor se hacen, si cabe, más palpables todavía en los preciosos bustos de las enjutas de los arcos de las galerías alta y baja del esbelto y espaciosos claustro, y en cuanto á las estatuas del retablo nada hay que decir, cuando expresamente se consignaba en la escritura que habían de ser precisamente de mano del insigne Berruguete.

FERNANDO ARAUJO.

(Concluirá.)

Toledo.—1889.

La Fábrica de Armas blancas de Toledo

(Continuación)

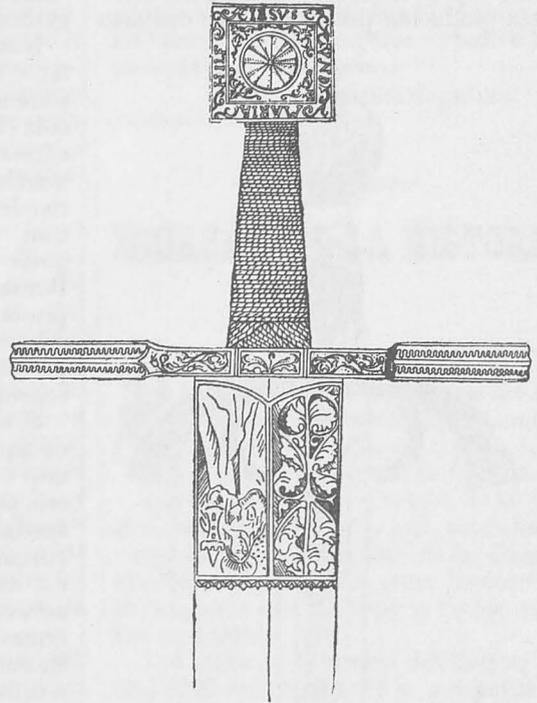
El grabado en las hojas de espada

Sin que pretendamos seguir paso á paso la historia del arte del grabado en las hojas de espada toledanas, porque no es éste nuestro ánimo, en gracia á la brevedad, bueno será principiemos por consignar el grado de perfección que debió alcanzar aquél en el siglo décimo tercero, á juzgar por la espada de D. Fernando Tercero el Santo, existente hoy en la Real Armería, el trabajo más antiguo que de este género hemos podido llegar á conocer.

Pero la época en que más se ejecutó este arte, llegando á su mayor esplendor, fué, sin duda alguna, la del renacimiento, ese período que tanto nos dejó que aprender y que admirar; hasta que, siguiendo á fines del siglo diez y siete la misma suerte que las demás artes y las letras, empezó á decaer, viniendo á desaparecer casi por completo en esta Ciudad á principios del actual.

Unas gotas de pez fueron después el nuevo origen del grabado en relieve en nuestra Fábrica, por el año mil ochocientos cuarenta y dos; descubrimiento, á nuestro juicio, fundado en el capricho ó debido á la casualidad. Pues si se hubiera tenido presente que desde la fundación del Establecimiento se marcaron sus armas al agua fuerte en bajo relieve

con el auxilio de la cera, (1) seguramente se les hubiera ocurrido por entonces el medio de emplearla también para el gra-



ESPADA DE D. FERNANDO III EL SANTO

bado en relieve, y no la pez, mucho más difícil de ser dominada á voluntad del artífice en esta clase de trabajos.

Por eso, una vez convencidos del mal resultado obtenido al utilizar esta materia, surgió más tarde la idea de cubrir con cera la superficie de una hoja y dibujar sobre aquélla el adorno, el cual, sometido á la acción del ácido nítrico, después de eliminar la parte de cera no dibujada, dió por resultado un trabajo en relieve (2). Este procedimiento fué debido al maestro D. Felipe Gálvez, por cuya novedad se hizo merecedor del mayor aprecio del Director de la Fábrica D. Pablo de la Puente. Y como prueba de tan merecida consideración dispuso éste en el año mil ochocientos cuarenta y siete se trasladase aquél á Madrid con el objeto de estudiar allí la aplicación de colores en el dorado y plateado por medio de la electricidad; debiendo á la iniciativa del uno y al estudio del otro se lograrse, al poco tiempo, imprimirlos en las hojas de espadas, mientras que por otra parte se recibían, poniéndolas después en práctica en la Fábrica, lecciones de un maestro cerrajero, (3) de gran reputación en esta ciudad para el uso del pavón azul que tanto contribuyó á embellecerlas y darlas á la vez mayor consistencia.

Adquiridos ya todos estos adelantos,

(1) Extendiéndola sobre la superficie de una hoja, abríanse en ella con un buril las letras que, atacadas después por el ácido nítrico, resultaban marcadas en bajo relieve.

(2) Entonces fué cuando empezó á organizarse el taller de grabados, antes reducido al local de una fragua, siendo una sola persona la dedicada á rotular las armas.

(3) D. Joaquín Jiménez, si no recordamos mal.